

Homilía en la Santa Misa de Ordenación Diaconal y Acolitado

*Parroquia Sagrado Corazón de Jesús, Guápiles, Limón
Sábado 14 de diciembre, 2019*

*Monseñor Javier Román Arias
Obispo de Limón*

Queridos hermanos en el Señor, bienvenidos sean todos a esta celebración.

Celebrar nuestra fe en este día, dentro del tiempo de Adviento, que nos prepara a la celebración de la Navidad del Señor, nos llena de profunda alegría y nos confirma en la esperanza, de saber que Dios sigue estando presente entre nosotros, de manera muy especial en su Palabra y en el sacramento de la Eucaristía.

Realidades que, en la celebración de la Santa Misa están tan estrechamente unidas entre sí y constituyen un solo acto de culto. En efecto, en la Santa Misa se prepara la mesa, tanto de la Palabra de Dios, como del Cuerpo de Cristo, de la cual los fieles son instruidos y alimentados (ver Institución General del Misal Romano, n° 28). Así lo creemos y así lo celebramos.

La celebración eucarística es acción de Cristo y de la Iglesia, es decir, del pueblo santo congregado y ordenado bajo la autoridad del Obispo.

Es por este motivo que en este día me alegra poder presidir esta Santa Misa, pues la gracia de Dios nos concede dispensar la vida ministerial en la Iglesia y juntos — pastores y fieles— hacer presente en el hoy de nuestra vida, el misterio pascual de Cristo, muerto y resucitado.

Esta día le pediremos a Dios que bendiga a DAVID Y JAIRO que serán ordenados, el primero como diácono y el segundo, al recibir el ministerio del acolitado, para que con generosidad, puedan ellos ejercer el ministerio que hoy reciben a favor de la comunidad y al servicio de la evangelización.

La Iglesia diocesana de Limón, lo recibe con cariño y se llena de alegría al ser admitidos a dos ministerios concretos: diaconado y acolitado.

Dos ministerios que, pertenecen en la tradición de la Iglesia, a la naturaleza de la dignidad sacerdotal, que Dios nos otorga en el bautismo y en el orden sacerdotal, que se orientan para que cada vez más se propicie una celebración más plena, activa y consciente de la comunidad (Constitución Sacrosantum Concilium, n° 14).

Dos ministerios que están llamados a contribuir para anunciar a Cristo resucitado, por medio del más noble servicio de la predicación del Evangelio y de la liturgia. Ambos ministerios no colocan a quienes los recibe en un orden jerárquico o en un determinado grupo, sino en el corazón de la Iglesia, servidora como Cristo, Siervo y elegido de Dios.

Este día en que ustedes reciben la ordenación diaconal y el acolitado respectivamente, la Palabra de Dios nos ayuda a descubrir aspectos muy importantes para llevar a cabo su ejercicio ministerial, no sólo diaconal y ministerial, sino también al que aspiran posteriormente: el presbiteral, si así Dios lo permita y la Iglesia los admita.

Ya en la primera lectura, tomada del libro de los Números, el autor sagrado nos presenta la función de los levitas, es decir, los miembros de la tribu sacerdotal de Leví, en el pueblo elegido, en orden al sacerdocio, como ayudantes de los sacerdotes de Israel; oficio en el que la Iglesia anticipa el orden del diaconado, en el Nuevo Testamento, tal y como lo vemos, en el texto tan conocido, llamado “la institución de los Siete”, estos varones de buena reputación y llenos del Espíritu Santo, para el servicio de las mesas o del suministro cotidiano de la comunidad cristiana de Jerusalén en sus comienzos, como nos lo cuenta San Lucas, en el libro de los Hechos de los Apóstoles. En este texto, la Iglesia ha visto el comienzo de un grupo cristiano que, con el paso del tiempo, pasó a formar parte del diaconado, desde los tiempos apostólicos hasta hoy día.

Después del tercer anuncio de su pasión y ante la petición de la madre de los hermanos Zebedeos, Santiago y Juan, que querían puestos de honor en el Reino de Dios, Jesús introduce su enseñanza sobre el verdadero sentido del servicio en la Iglesia, que debe caracterizar a todo aquel que desee hacerlo con auténtico sentido. Debe imitar a quien, siendo el Siervo de Dios, hasta el extremo de amar y dar la vida en rescate por todos, no dudó en entregarse en la cruz por la salvación de la humanidad.

Queridos hermanos (David y Jairo): comenzarán a ser siervos de Dios, siervos de la comunidad; colaboradores del obispo y de los sacerdotes, para que el Pueblo de Dios sea atendido en sus requerimientos espirituales, pastorales y materiales, con el fin de encontrarse con Cristo. Y Cristo está presente en la Eucaristía, en la Palabra y en los hermanos especialmente los más pobres y necesitados. Por eso servirán a la Palabra, en la predicación y en la catequesis, Palabra que se hará sacramento en el Bautismo. Servirán a la Eucaristía, que distribuirán a los fieles, el Pan Vivo que da la vida al mundo. Y servirán a los hermanos, en quienes el Señor espera recibir nuestra misericordia.

Para ellos fueron elegidos los primeros siete diáconos, como nos relata los Hechos de los Apóstoles, que acabamos de escuchar en la primera lectura. Cuando San Pedro enumera las condiciones para ser elegidos (Hech 6,3) piden que sean elegidos hombres de buena fama, dotados de Espíritu y de prudencia. Todo un programa de vida para ser imitado por ustedes: armonía humana, elevada y sanada

por la gracia de Dios; vida irreprochable, fundamentada en una paz interior que nace del permanente contacto con Cristo diácono, modelo de todos aquellos que quieran imitar su vida de servicio total, como él mismo lo enseña: “El que quiera ser grande, que se haga servidor de ustedes, y el que quiera ser el primero que se haga un esclavo; como el Hijo del Hombre, que no vino a ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por una multitud” (Mt 20,27). Que se vea en ustedes al Maestro, pero más en las obras que en las palabras.

Permítanme insistir con palabras del Papa Francisco: “Sin momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor se apaga. La Iglesia necesita imperiosamente el pulmón de la oración, y me alegra enormemente que se multipliquen en todas las instituciones eclesiales los grupos de oración, de intercesión, de lectura orante de la Palabra, las adoraciones perpetuas de la Eucaristía...” (EG 206).

Saquen sus espacios para la oración, la lectura y meditación de la Palabra de Dios, el contacto vivo con Cristo en la mesa eucarística y los ejercicios de piedad, que han de alimentar su ministerio a favor de los hermanos, a quienes ustedes han de servir.

Por otra parte, David, hoy se te imponen las manos no en orden al sacerdocio sino para realizar un servicio. Hoy quedarás configurado con Cristo que se hizo “diácono”, es decir servidor de todos (Mt 20,25-28).

Cuando llegue el momento de tu ordenación sacerdotal, no te olvides nunca de este día, porque todo sacerdote sigue siendo diácono, a semejanza del Señor. Pensemos si no en el gesto del lavatorio de los pies (ver Jn 13, 1-15), con el que Jesús, el Maestro, el Señor, actúa como servidor y quiere que cuantos le sigan sean diáconos, es decir, que desempeñen el ministerio sacerdotal a favor de la humanidad en dinámica de servicio, hasta el punto de ayudar también a lavar los pies sucios de los hombres confiados a nosotros.

DAVID : pídele a Jesús que te conceda hoy y para siempre el imitarlo en su caridad llena de sencillez y generosidad para con todos, especialmente con los pobres, los enfermos, los alejados y los pecadores. Defiende siempre la dignidad de toda persona humana, desde su concepción hasta su fin natural.

De esta manera darás testimonio, en un mundo que pretende excluir a Dios y hacer del poder, el tener o el placer los únicos criterios de vida, que la existencia sólo es bella y se despliega en plenitud en el amor servicial de Cristo.

Entre tus tareas como diácono, te corresponderá asistir al Obispo y a los presbíteros en la celebración de los divinos misterios, sobre todo de la Eucaristía y en su distribución a los hermanos; asistir a la celebración del matrimonio y bendecirlo; proclamar el Evangelio y predicar; presidir las exequias y multiplicarte en el servicio de la caridad.

Sé valiente anunciador del Evangelio, porque “Jesús es el camino a seguir para llegar a la plena realización personal, que culmina en el encuentro definitivo y eterno con Dios... la respuesta definitiva a la pregunta sobre el sentido de la vida y a los interrogantes fundamentales que asedian también hoy a tantos hombres y mujeres del continente americano” (Ecclesia in America 6). Pero no te olvides que se trata de anunciar a Jesucristo como quien se ha encontrado con Él.

Se trata de anunciarlo, desde la propia existencia personal de encuentro y de comunión con Él, desde la fe vivida cotidianamente, con coherencia de vida, dando el testimonio de quien cree en el Señor Jesús y le cree al Señor Jesús. Por eso cuando dentro de poco te entregue el libro del Evangelio te diré: “convierte en fe viva lo que lees, y lo que has hecho fe viva enséñalo, y cumple aquello que has enseñado” (Ritual de la ordenación de diáconos). Sólo así podrás realmente ayudar a otros a abrirse al don de la Buena Nueva.

Oremos también por estos hermanos nuestros, en este día especial. Todos quienes estamos hoy aquí en la celebración de la ordenación diaconal y de admisión al acolitado, los conocemos y queremos. Nuestro deseo es que ambos sean: David un buen diácono y Jairo, un buen acólito. Que ambos sean muy felices en su ministerio y que hagan a todos felices con la alegría de Cristo.

Hermanos, ayudémosles a ser buenos ministros del Señor y de la Iglesia con nuestra oración y nuestra cercanía de hermanos en Cristo. También, si es necesario, hagámoslo con nuestra corrección fraterna, llena de verdad y de caridad.

Nuestra Iglesia está de Fiesta

Amigos como les mencionaba anteriormente, hoy es un gran día para nuestra diócesis porque celebramos que el Señor sigue tocando la vida de quienes abren a él su corazón. La respuesta a esta llamada es la vocación a la que Dios nos convoca, y que hoy, de modo particular, se expresa en David y en Jairo.

Ellos, por pura misericordia del Señor, hoy dan un paso adelante en su disposición de servicio en la Iglesia. El diaconado en particular, es un ministerio que debe de acercar a David a todas las pobrezas del mundo.

Recuerdo unas bellísimas palabras del Papa Benedicto XVI a los seminaristas en la Catedral de la Almudena: *“Pídanle, pues, a Él que les conceda imitarlo en su caridad hasta el extremo para con todos, sin rehuir a los alejados y pecadores, de forma que, con su ayuda, se conviertan y vuelvan al buen camino”*.

El diácono, como cristiano que es, debe de aprender a estar muy cerca de los enfermos y de los pobres, con sencillez y generosidad.

Se trata de un reto que se ha de enfrentar sin complejos y sin mediocridades, sino convencidos de que se trata de una bella forma de realizar la vida humana en gratuidad y en servicio, *“siendo testigos de Dios hecho hombre, mensajeros de la altísima dignidad de la persona humana y, por consiguiente, sus defensores incondicionales”*. (Benedicto XVI)

Otro rasgo del diaconado está en la Eucaristía, en el servicio del altar. La Eucaristía es expresión del amor entregado y servidor de Jesucristo, por eso el servicio cristiano encuentra su fuente en el sacrificio eucarístico. Se dice, con razón, que la gracia sacramental de la Eucaristía lleva siempre a incrementar el amor.

El servicio a los pobres, a la Palabra y a la Eucaristía son las manifestaciones del ministerio del diácono, pero les recuerdo de nuevo, y se lo digo también al pueblo de Dios que nos acompaña, que todo el servicio de la diaconía se sustenta en una sólida espiritualidad, como se los va a advertir la plegaria de ordenación: un estilo de vida evangélica, un amor sincero a Dios y a los hermanos, solicitud por los pobres y enfermos, una autoridad discreta, una pureza sin tacha y una observancia de las obligaciones espirituales.

Para alimentar esa espiritualidad tienen herramientas en la oración que permite ir creciendo día a día en intimidad con Jesucristo y en solicitud servidora por el Pueblo de Dios, por el que han de rezar.

David, como diácono asumes también el celibato, que lo convierte en un testigo de la consagración del Hijo de Dios a la voluntad de su Padre.

Ser célibe con humildad, madurez, alegría y entrega, es una grandísima bendición para la Iglesia y para la sociedad misma; y estoy seguro de que también es una bendición para usted

El celibato nos enriquece como personas, y hace especialmente fecunda nuestra vida para amar y servir.

Nuestra Diócesis de Limón urge de pastores cercanos al pueblo, comprometidos y responsables, cercanos, obedientes y preocupados por las cosas de Dios. No pretendan tampoco enriquecerse del sacerdocio.

Ustedes han caminado conmigo por la montaña, han entrado en contacto con la naturaleza y han sido testigos de las necesidades enormes que tienen quienes las habitan. Es por ellos, y con ellos, con quienes debemos hacer Iglesia, junto a los pobres que son los preferidos del Señor y hacia quienes esta Iglesia particular hace una predilección especial.

La iglesia diocesana de Limón es joven, y ustedes son su mejor expresión. Recuerden como nos lo dice el Papa Francisco en la exhortación *Christus vivit*: *“La Iglesia de Cristo siempre puede caer en la tentación de perder el entusiasmo porque ya no escucha la llamada del Señor al riesgo de la fe, a darlo todo sin medir los peligros, y vuelve a buscar falsas seguridades mundanas. Son precisamente los*

jóvenes quienes pueden ayudarla a mantenerse joven, a no caer en la corrupción, a no quedarse, a no enorgullecerse, a no convertirse en secta, a ser más pobre y testimonial, a estar cerca de los últimos y descartados, a luchar por la justicia, a dejarse interpelar con humildad. Ellos pueden aportarle a la Iglesia la belleza de la juventud cuando estimulan la capacidad «de alegrarse con lo que comienza, de darse sin recompensa, de renovarse y de partir de nuevo para nuevas conquistas».

Lo repito en cada ordenación que presido: aquí no hay lugar para los que busquen privilegios o comodidades, para los que no quieran esforzarse y dar siempre lo mejor de sí mismos. Solo el seguimiento del Señor renueva las fuerzas cada día a pesar de las dificultades y los problemas, y permite mantener la esperanza en medio de los signos de muerte que nos rodean.

Es bello a lo que aspiran, el sacerdocio es un regalo de Dios, y su belleza no está en aparecer ante el mundo desde una santidad y perfección separada del resto de los mortales, sino en la docilidad al Espíritu de Dios que va conformando en la ambigüedad y paradoja de nuestra vida la imagen de Jesucristo.

Por eso, cuando hablamos de la belleza de ser sacerdote aparece a la vez su gracia y su cruz; su gloria y su peso; su atractivo y su extrañeza, tanto para el sujeto que lo vive como para la sociedad y la cultura que lo rodea.

Por la fuerza del amor, el que aspira al sacerdocio adopta la forma de querer del Señor, un querer de Jesús que implica su libre voluntad y decisión soberana, a la vez que el amor que deposita en quien es elegido libre y gratuitamente.

El punto de partida para la comprensión del ministerio ordenado es la consagración y misión del Hijo enviado por el Padre. En esta misión está unido todo su cuerpo, que es la Iglesia, ungida y enviada por el mismo Espíritu de Cristo. Con una misión y consagración especial son enviados los apóstoles y los sucesores de éstos, los obispos. Y desde este ministerio apostólico es comprendido el ministerio ordenado.

Pero no debemos olvidar que el sacerdote es un ser humano y nunca deja de serlo. Se madura en un proceso de crecimiento lento pero seguro si se hace aferrados al Señor.

La inmadurez, de suyo, no es mala, sino una ocasión para el crecimiento, pues cuando se vive o se quiere vivir desde la obediencia al Evangelio, siendo conscientes de nuestra limitación, puede ser un paso en el camino de ir llegando a la plena madurez en Cristo.

Nos corresponde pues, avanzar en esta dirección hacia la configuración plena con el Señor, fuente de todo bien y el único que colma todos los deseos de nuestro corazón.

David y Jairo, no teman, el Señor que los llamó los irá confirmando en la fe y en el amor. Jamás se arrepentirán de la respuesta que hoy le están dando. La Iglesia, que es su familia, los acompaña con la oración e implora de ustedes la protección de la Santísima Virgen María, Madre de Dios y Madre Nuestra. Amén.